

"Mi vida cotidiana es conversar, conversar y conversar, y defender la justeza de mis encuadres en el terreno cultural", dice Justo Pastor Mellado.

JUSTO PASTOR MELLADO:

Valparaíso con ojo de crítico



"Acá no hay muralismo de calidad. No sé cómo la gente no se defiende, es un crimen en una ciudad cuya política visual es de fachadas", reclama.

Es una ciudad difícil, dice el director del Parque Cultural de Valparaíso, porque el porteño está enrabiado por la postal que han hecho de ella. Justo Pastor Mellado encuentra el verdadero patrimonio en las quebradas, en el mundo popular urbano, lejos de pirotecnias y festivales "que histerizan"; de murales destructivos y de afuerinos que llegan con indolencia.

TEXTO, PAULA DONOSO BARROS | FOTOGRAFÍAS, TOMÁS FERNÁNDEZ

Desde noviembre de 2010 que está a cargo del Parque Cultural de Valparaíso (PCdV). Y hace un año vive en el Cerro Alegre. Solo. Su mujer y sus dos hijas quedaron en Santiago, "porque en preadolescentes, un cambio de ciudad es traumático y en el terreno escolar no era mejor en calidad de vida". Además, llegaba a un cargo que se advertía hostil. "Todos hacían apuestas de cuánto

iba a durar. Los más optimistas me dieron dos meses".

¿Qué tal ha sido?

—Ha sido navegar en la hostilidad total. Lo cual es genial porque como no esperaba nada de nadie, sólo me quedaba poder ir abriendo campo a mi propuesta, que proviene de un estudio bastante elaborado.

Curador, crítico de arte, luego de ser desvinculado de la Trienal de Chile, encontró en el PCdV la

La Biblioteca Severín es un monumento, a su juicio, enraizado a lo cotidiano. "Conozco gente que va a trabajar todos los días allí. Casi han instalado su escritorio".



VIVIANA MORALES IL

continuación de aquello.

—Era un formato nuevo para instalar temas que venía pensando desde hace 15 ó 20 años en torno al trabajo comunitario, a las relaciones del arte con las comunidades.

Más de dos años en el cargo ya marcaron un ritmo. Y, salvo en estos días donde tiene a su familia instalada con él, "mi departamento está lleno de calzones, toallas, gritos, ¡una cosa terrible!", organiza sus tiempos de escritura y de lectura "con una disciplina feroz".

¿Contento?

—Sí. Y molesto.

Este "marxista pesimista"—como se define con un cierto buen humor que se deja entrever bajo su permanente e histriónica desazón—, se especializa en los dardos políticamente incorrectos. Los lanza con una intensidad que sube y baja, como si fuera yendo y viniendo por los cerros que conoció a través del documentalista Joris Ivens, del cine de Aldo Francia y de las fotografías de Sergio Larraín. Y que luego vivenció acompañado de su suegro.

—Ninguno de los que me amenazó pensó que yo sabía tanto de la ciudad. Ese saber es siempre insuficiente. Pero es un mínimo. Y, en parte, se

popular porteña está en los cerros, en las quebradas.

lo debo a mi suegro, fallecido ahora poco. Un porteño muy auténtico, autobusero, alguacil y exonerado de Emporchi, el mejor conocedor de la cultura urbana.

¿Cómo es Valparaíso?

—Es una ciudad difícil, es una ciudad quebrada. Todos piensan en ella como en el cerro Alegre y el Concepción, los que significan de hecho una gran violencia. Han sido gentrificadores, el habitante original fue excluido. Es inevitable, pero pensar en ellos como un modelo para el desarrollo turístico de la ciudad es un error porque tensiona la lucha de clases. Los autóctonos son excluidos porque no tienen capacidad de resistir al ocupante.

Pero el ocupante busca lo autóctono, ¿no?

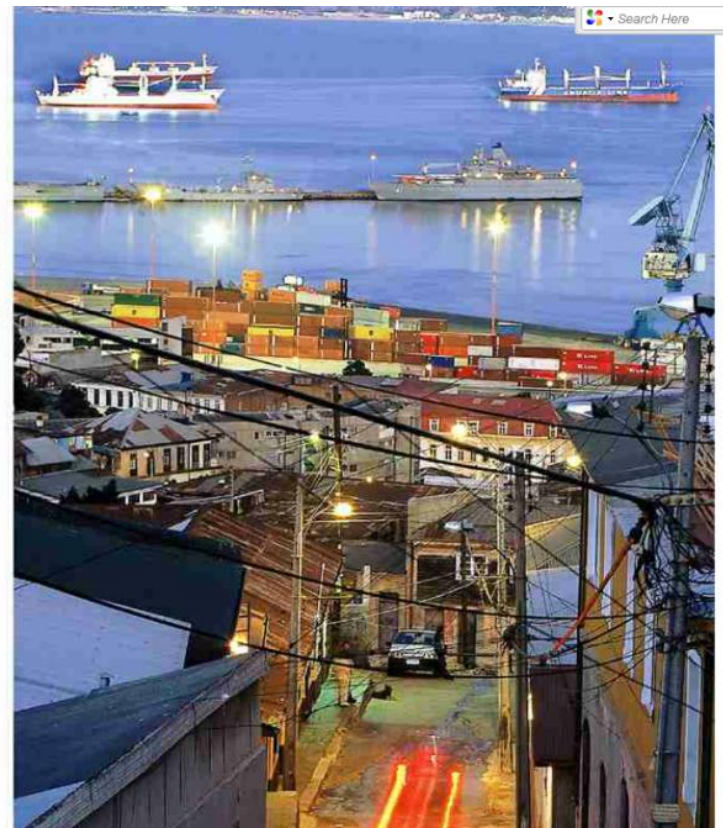
—No. Se inventa un autóctono.

¿La postal?

—Claro, y como sabe que no existe esa postal, el ocupante tiene claro que es él quien hace Valparaíso a su medida. El afuerino se comporta como colonial, en el sentido de una modernidad displicente que pasa por encima de todo. Llegar con plata, con indolencia y con certezas.

Y el porteño se rinde. ¿O se enrabia?

—Se enrabia. Modelar su rencor



NELSON OLMO

y devuelve en consecuencia. La ciudad tiene gran capacidad de autodestruirse.

Esa gentrificación ¿podría potenciar su carácter cultural?

—No. Es meramente comercial. Eso ha sido un debate intenso en la ciudad. Algunos, como Ciudadanos por Valparaíso, son muy críticos. El proceso se ha dado en dos cerros que eran lo mejor de la ruina del enclave británico y el desarrollo de hotelería boutique en ellos ha modificado su vida a tal punto que los han convertido, salvo honrosas excepciones, en una molesta tarjeta. He escuchado entre quienes compraron casas, que Valparaíso les ganó. Vieron que no podían mantener la postal en que invirtieron. Ya nos les resulta tan

grato venir, hasta porque pintan la fachada cuatro veces al año y se las grafitan todos los días.

Lo llaman arte para todos.

—No, eso se llama: "Tienes algo bonito y yo te lo voy a joder porque es bonito y es mejor que lo que yo tengo que es miseria".

¿Es la venganza del porteño?

—Sí. Y es la única ciudad de Chile donde pasa. Es la expresión fóbica de un malestar social imparabable. El que grafito, en su acto dice: "Soy nadie, mírenme". Y lo vienen a decir a Valparaíso que es una ciudad un poco nadie, que con ellos dice: "Miren como estoy arruinada".

Una ciudad que dejó de provocar un cierto necesario temor en el afuerino: "Cuando vienen dos millones de personas a un espec-



El Parque Cultural se inserta en el mundo vecinal. Su jardín es parte del proyecto: el cuidado y el respeto es una estrategia para la cultura.

En lugares como El Pimentón o el Don Carlos se reúnen los verdaderos agentes culturales, según Mellado.



El Festival de las Artes de Valparaíso no lo motiva. "Sus organizadores son muy amigos míos", pero mi trabajo es lo que pasa entre festival y festival".



título provinciano como es el de Año Nuevo, en una comuna de 200 mil habitantes que ni siquiera tiene capacidad de acogida para sus propios habitantes. Los chilenos se toman Valparaíso y la hacen mierda. La ciudad dejó de provocar respeto. Aquí nadie le teme a nada, los responsables dejan que ensucien y pinten murallas como quieran. Es un crimen. Cómo no entender que la política visual de Valparaíso es su política de fachada.

¿Cómo va lo de Valparaíso Patrimonio de la Humanidad, a diez años de la declaratoria?

—Para el Parque, el patrimonio de Valparaíso es la corporalidad de sus habitantes. Luchamos contra la ruñificación del cuerpo entendiendo el cuerpo como los viejos, los niños, los artistas. Ése es nuestro patrimonio. Y aquí

hay una paradoja: el futuro de Valparaíso está en los viejos; ellos necesitan gran inventiva para vivir dignamente la vejez.

Es parte de su proyecto. Trabajo comunitario con los vecinos, relación directa con la cultura popular urbana. "Para eso se hizo el parque. No había infraestructura para que se desarrollaran algunas prácticas como artes visuales, danza, música... no para dar clases, sino espacios para artistas preparándose para ser mejores artistas. Es una política única. Este parque es centro cultural, arte y comunitario".

¿Cómo se relaciona con el Festival de las Artes de Valparaíso?

—El tema de la festivalitis es uno contra el cual luchamos de manera razonable. Una ciudad donde hay mucho festival habla mal de ella. Quiere decir que concentras acti-

vidades durante dos días, te gastas todo el presupuesto, generalmente para el extranjero y acá queda muy poco. El problema es qué se hace entre festival y festival. Ése es mi trabajo, el año entero. Sin embargo, todos esperan los festivales porque ya es una mala costumbre.

Una costumbre alegre, ¿no?

—El festival histeriza. Vienen los de afuera y algunos de adentro a ver lo mejor, y cuando se van no queda nada. El hecho de traer una buena cartelera no implica que el teatro local avance. Se necesitan mediaciones y eso hacemos.

Pero algunas cosas del FAV vienen al Parque.

—Pero no nos comprometemos con el festival. Eso ocurre en la ciudad y es problema de ellos. Yo hago cosas bajo techo porque son protegidas y obligan a tener un protocolo de uso

y respeto. Ésa es nuestra estrategia. La política del Parque es cuidar. Y eso ya es un proyecto cultural.

¿Eres querido por acá?

—Poco me importa, eso. Pero sí, y más de lo que algunos quisieran. Eso porque respeto los límites.

¿Cuál Valparaíso te gusta?

—Las empanadas Las Famosas, las pizzas Riviera y el restorán San Carlos forman un triángulo que reúne la vida popular porteña, cotidiana, donde están los verdaderos agentes culturales de la ciudad; no en las reuniones extorsivas, sino en la calle, en las veredas, en los restoranes diarios, en las juntas de vecinos.

¿Y dónde entra el mar?

—Mira, qué curioso. Entra poco porque el puerto no está conciliado con la ciudad. Está contra ella, hay una masacre del borde costero. Valparaíso es cultura de quebrada. VD

